

blo, habían inventado el mas estricto y pomposo ceremonial. La influencia del sacerdocio debe haber sido grande en todos aquellos estados imperfectos de la sociedad, en que aquel es el único poseedor del saber de la época, aconteciendo eso principalmente cuando ese saber se reduce mas bien que á conocimientos positivos de los fenómenos naturales, al de las fantásticas quimeras criadas por la superstición humana: tales son la astrología y la adivinación, artes de que poseían un conocimiento perfecto los sacerdotes aztecas. Así es que mientras por un lado tenían en sus manos la llave de acontecimientos futuros, imprimían en el vulgo ignorante sentimientos de superstición, mas tremendos probablemente que cuantos han existido en ningún país, aun en el Egipto mismo.

El número de los sacerdotes era muy considerable, puesto que solo el templo principal de la capital estaba servido por cinco mil; la gerarquía y funciones de cada una de las partes de esta numerosa corporación, estaban determinadas con rigurosa exactitud. Los mas instruidos en la música dirigían los coros; otros arreglaban las fiestas con arreglo al calendario; estos cuidaban de la educación de la juventud, y aquellos de las pinturas geroglíficas y de conservar las tradiciones orales: los terribles ritos del sacrificio estaban reservados á las principales dignidades de la órden. A la cabeza de toda ella estaban dos su-

mos sacerdotes, electos por el rey y los primeros nobles, sin atender á su cuna, sino solamente á sus cualidades y á sus méritos anteriores. Ambos eran iguales en dignidad, y solo inferiores en ella al soberano mismo, quien raras veces obraba sin su parecer en los asuntos públicos de importancia.<sup>1</sup>

Cada sacerdote estaba dedicado al servicio de una deidad particular, y habitaba en aposentos fabricados dentro del templo; por lo menos mientras estaba ejerciendo sus funciones, pues que por otra parte se les permitía casarse y tener familia. Su vida monástica tenía toda la austeridad de la disciplina de un convento. Oraban tres veces en el día y una en la noche: frecuentaban las abluciones y vigiliás, y mortificaban la carne con crueles penitencias: se sacaban sangre por la flagelación ó punzando sus cuerpos con púas de maguey; en suma, practicaban todos los rigores á que el fanatismo ha recurrido en todos tiempos para (hablando el enérgico lenguaje del poeta)

<sup>1</sup> Sahagun, op. cit., lib. 2, apénd. lib. 3, cap. 89. Torquemada, op. cit., lib. 8, cap. 20, lib. 9, cap. 3, 56. Gomara, crónica, cap. 215, en Barcia, t. II. Toribio, hist. de los indios, M. S., parte, capítulo 4.

Clavijero dice que el gran sacerdote debía ser necesariamente una persona noble; pero yo no encuentro ni aun en Torquemada, su oráculo, autoridad en que fundar semejante aserto; dice por el contrario que «por probable que sea esto, nadie lo afirma.» Op. cit., lib. 9, cap. 5. Es contradicho por Sahagun, á quien yo tengo en estas materias por la mejor autoridad. Clavijero no tenía mas noticias de Sahagun que las que pudo adquirir en Torquemada y los escritores subsecuentes.

Con la esperanza de alcanzar el cielo,  
En un infierno convertir la tierra.<sup>1</sup>

Las grandes ciudades estaban divididas en distritos, á cargo de una especie de clero parroquial que dirigia todos los actos religiosos en su respectivo departamento. Es notable que administraban los ritos de la confesion y la absolucion: los secretos del confesionario eran inviolables, y el que los revelaba sufría penas muy parecidas á las que impone la Iglesia católica romana. Dos particularidades notables habia en las ceremonias de los aztecas: Primera, que como la repetición de una ofensa se tenia por inexpiable, solo se confesaban una vez en toda su vida, haciéndolo ordinariamente en sus últimos dias, para descargar su conciencia y dejar para de una vez las últimas reliquias de la iniquidad. La otra era que la absolucion sacerdotal tenia la fuerza de absolucion legal, y en caso de detencion, equivalia á una compurgacion. Largo tiempo despues de la conquista, los sencillos naturales, cuando caian bajo el brazo de la justicia, pensaban poder escapar de él presentando su certificado de haberse confesado.<sup>2</sup>

1 Sahagun, op. cit., ubi. supra. Torquemada, op. cit., lib. 9, capítulo 25. Gomara, ubi. supra. Acosta, lib. 4, caps. 14 y 17.

2 Sahagun, op. cit., lib. 1<sup>o</sup>, cap. 12, lib. 6, cap. 7.

La oracion del confesor en semejantes circunstancias, contiene cosas muy notables para que yo las omita. «Oh Señor, amparador y favorecedor: vos que conocéis todos los secretos de todos los corazones, haced que vuestra indulgencia y gracia descienda sobre él, como agua purísima que lave las manchas de sus culpas: mirad que este

Uno de los principales cargos de los sacerdotes, era la educacion de la juventud, á cuyo fin habia edificios á propósito dentro del recinto mismo de los templos: allí entraban desde su tierna edad los jóvenes de ambos sexos de la clase alta y media de la sociedad. Las niñas eran instruidas en las funciones de sacerdotizas, y ejercian todas las funciones sacerdotales, excepto las del sacrificio.<sup>1</sup> A los varones se les acostumbraba al rigor de la disciplina monástica: adornaban con flores los altares de los dioses, alimentaban el fuego sagrado, y tomaban parte en los cánticos y fiestas religiosas. A los de las escuelas superiores, llamadas *Calmecac*, se les iniciaba en las

pobre no pecó con su libre voluntad y albedrío, sino por la influencia del signo en que nació.» Despues de vivas exhortaciones á que, por vía de penitencia se mortificase y practicase minuciosas ceremonias, le ponderaba la necesidad de procurar cuanto antes un esclavo que sacrificar á su dios, y le inculcaba la caridad para con los pobres. Decíale: «Viste al desnudo y da de comer al hambriento, por costoso que te fuese: acuérdate de que su carne es como la tuya, y de que es hombre como tú.» Tal es la extraña mezcla de sentimientos de benevolencia cristiana y de abominable crueldad que formaba la moral de los aztecas, y que prueba, como lo hemos dicho repetidas veces, el origen enteramente distinto de los unos y de los otros.

1 Los dioses egipcios eran tambien servidos por sacerdotizas. (V. á Herodo, Euterpe, sec. 54.) Cuentos igualmente escandalosos que los que circulaban entre los griegos con respecto á las vírgenes, se refieren de los aztecas. (Véase la disertacion Le Noir en antig. de México, Paris, 1834, t. 2, pág. 7, note.) Los primeros misioneros, crédulos hasta el exceso, no dan fé á estas noticias. El padre Acosta exclama por el contrario: «Es cosa extraña en verdad, ver cuánta fuerza y ascendiente tiene esta falsa opinion entre los jóvenes y las mozas de México, que por servir al demonio se sujetan á tantas privaciones y rigores, á que no se someterian por servir al Altísimo, que es gran confusion y vergüenza.» (Trad. ing. lib. 5, cap. 16.)

tradiciones, misterios, geroglíficos, principios del gobierno, y en todos los ramos de las ciencias físicas y naturales, cuyo conocimiento estaba reservado exclusivamente al sacerdocio. Las niñas aprendían varias artes mecánicas, principalmente la de coser y bordar ornamentos para los altares de los dioses. Se cuidaba mucho de la educación moral de ambos sexos; guardábase el mayor decoro, y la menor ofensa de este género se castigaba severamente y aun con la muerte misma: ya lo hemos dicho, el terror y no el amor, era el resorte de la educación entre los aztecas.<sup>1</sup>

Cuando los pupilos llegaban á una edad propia para casarse ó para entrar en el mundo, se les despedía del colegio con gran ceremonia, saliendo de allí frecuentemente en estado de desempeñar los empleos públicos mas importantes. La política de los sacerdotes mexicanos consistía en reservarse el cuidado de la educación de la juventud, para amoldar su espíritu tierno y dócil á sus intereses, y acostumbrarla desde temprano al respeto profundo hácia la religion y sus ministros; respeto que conservaba su dominio aun sobre el alma de hierro del guerrero,

<sup>1</sup> Toribio, hist. de los indios, M. S., parte 1ª, cap. 9. Sahagun, op. cit., lib. 2, apéndice, lib. 3, cap. 4, 8. Zurita, relacion, págs. 123, 126. Acosta, lib. 5, cap. 15, 16. Torquemada, op. cit., lib. 9, cap. 11, 14, 30, 31.

«Ellos pensaban, dice este último escritor, huir el vicio y ajustarse á la virtud, segun ellos lo entendian; con solo no airarse, no agra-

largo tiempo despues de que el duro género de vida á que se habia entregado debiera haber borrado todos los vestigios de su primera educación.

A cada uno de los templos estaban anexas tierras, cuyos productos se destinaban al mantenimiento de los sacerdotes: estas posesiones fueron creciendo con los donativos que por generosidad ó devoción hacían los príncipes, hasta que bajo el reinado del último Moctezuma, llegaron á adquirir una extensión desmesurada. Los sacerdotes mismos tenían á su cargo el manejo de estos intereses, y parece que trataron á los arrendatarios de las tierras con toda la indulgencia y liberalidad que caracteriza á las corporaciones monásticas. Además de los productos de estas tierras, estaban enriquecidos con las primicias y otras ofrendas que habia dictado la superstición ó la piedad. La que sobraba despues de hechos los gastos del culto, se repartía en limosnas entre los pobres; deber cuyo cumplimiento exigía estrictamente su código moral. Así, pues, vemos á la misma religion predicando por una parte las lecciones de la mas pura filantropía, y las del mas desapiadado exterminio por otra: semejantes contradicciones no parecerán extrañas á los que conozcan la historia de la Iglesia católica romana en los primeros tiempos de la inquisición.<sup>1</sup>

viar ni hacer mal al prójimo; en suma, con solo cumplir los deberes de la religion natural.»

<sup>1</sup> Torquemada, lib. 8, cap. 20. Camargo, hist. de Tlaxcala, M. S.

Los templos mexicanos, llamados *teocalli*, casas de Dios, eran muy numerosos: en las ciudades principales habia algunos centenares, bien que contando en este número edificios muy humildes. Eran los tales templos masas sólidas de tierra, cubiertas de piedra ó ladrillo, y un poco parecidos en su forma á las pirámides de Egipto. La base de muchos de ellos tenia mas de cien piés en cuadro, y mucha mayor altura: estaban dispuestos en cuatro ó cinco pisos, cada uno de ellos de menores dimensiones que el de abajo. Se subia á ellos por escaleras hechas en la parte exterior de la pirámide, en uno de sus ángulos, cuya escalera daba vuelta al primer piso, de suerte que al llegar al segundo, venia á terminar en el mismo ángulo en que habia comenzado: en este segundo piso habia un descanso ó terraplen, que servia de base al tercero, y una escalera parecida á la anterior, que conducia al piso siguiente: por manera que antes de llegar á la cima del templo, se tenia que describir una especie de espiral, bien que algunas veces la escalera conducia directamente al cen-

Es imposible no sorprenderse de la gran semejanza, no solo en formas secundarias, sino en el fondo mismo, entre el modo de vivir de los sacerdotes egipcios y mexicanos. (Compárese á Herodoto, Euterpe *passim*.) Diodoro, lib. 1º, sec. 73, 81. El lector inglés puede consultar además á este propósito, á Herrera, indag. hist. vol. 5º, cap. 2º. Wilkinson, usos y costumbres de los antiguos egipcios, Londres, 1837, vol. 1º, pág. 257, 259, y principalmente á este último, que ha contribuido mas que ninguno otro á hacernos conocer la vida social de aquel pueblo interesante.

tro de su cara occidental. La cima era una superficie ancha, sobre la cual se levantaban dos torres de unos cuarenta ó cincuenta piés de alto, en cuyo recinto estaban las imágenes de las deidades patronas del templo.

Bajo estas torres estaba la mencionada piedra de los sacrificios, y dos altares de alguna elevacion, donde ardía un fuego tan inextinguible como el del templo de Vesta. Cuéntase que solo en el recinto del gran templo de México, habia seiscientos de estos altares, los cuales, juntos con los de los otros templos, iluminaban brillantemente las calles de la ciudad aun en las noches mas oscuras.<sup>1</sup>

Por una consecuencia de la construccion de los templos, todos los oficios sagrados eran públicos. Las largas procesiones de sacerdotes, que daban varias vueltas alrededor de estos enormes edificios, y los espantosos sacrificios que se celebraban en su cumbre, se podian ver desde el mas remoto rincon de la ciudad, é imprimian en su poblacion supersti-

<sup>1</sup> Relatione d'un gentil' huomo, en Ramusio, t. 3º, fol. 307. Camargo, historia de Tlaxcala, M. S. Acosta, lib. 5, cap. 13. Gomara, crón. en Barcia, t. 2º, cap. 80. Toribio, hist. de los indios, M. S., parte 1º, cap. 4. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Este último escritor, que visitó á México inmediatamente despues de la conquista, en 1521, nos cuenta que algunos de los templos inferiores ó pirámides, estaban llenos de tierra impregnada de gomas aromáticas y mezclada de polvo de oro; este último en tanta abundancia, que probablemente llegaria á un millon de castellanos. (Ubi. supra.) ¡Estos eran de veras los templos de Mammon! Pero yo no he visto confirmados en ninguna otra parte estos cuentos dorados.

ciosa una veneracion fanática por los ministros de la religion y por sus espantosos ministros.

Estas impresiones se renovaban en cada una de sus numerosas festividades: cada mes estaba consagrado á una deidad protectora; cada semana, casi cada dia, pedia en su calendario una celebridad especial; de suerte que es difícil comprender cómo eran conciliables las ocupaciones ordinarias de la vida doméstica con sus prácticas religiosas. Algunas de sus ceremonias eran alegres y divertidas; consistian en cantos nacionales, bailes en que se juntaban los dos sexos; procesiones de mujeres y niños coronados de guirnaldas, y que llevaban ofrendas de frutos, maíz, incienso, copal y otras gomas odoríficas, y sacrificios en que los altares eran regados con la sangre de animales solamente.<sup>1</sup> Estas ceremonias pacíficas son las que les trasmitieron sus antepasados los toltecas; pero la supersticion azteca les añadió otras demasiado horribles para presentarlas en toda su desnudez, y sobre las cuales querria yo de buena gana correr un velo, si no fuese esto dejar al lector sin conocer una de las mas extraordinarias costumbres de aquel pueblo, y una tambien de las que mas influyeron en el carácter nacional.

<sup>1</sup> Cod. Tel. Rem., lám. 1, y Cod. Vat. *passim* apud. antiq. de México, vols. I y VI. Torquemada, op. cit., lib. 10, cap. 10. Sahagun, op. cit., lib. 2, *prssim*.

Entre las ofrendas, son notables las codornices por el número increíble que se consumía y sacrificaba en ciertas fiestas.

Los sacrificios humanos comenzaron á usarse entre los aztecas en el siglo XIV, 200 años antes de la llegada de los españoles:<sup>1</sup> raros al principio, fueron siendo mas frecuentes, al paso que se dilataba el imperio, hasta que últimamente no habia fiesta que no acabase con tan cruel y abominable ceremonia, la cual era siempre una recordacion de la historia de la deidad en cuyo honor se celebraba. Bastarános un ejemplo.

Una de las primeras fiestas era la instituida en honor del dios Tezcatlipoca, inferior solamente al Sér Supremo. Llamábase la *alma del mundo*, y suponíase que era su creador. Se le representaba como un hermoso mozo, que gozaba de perenne juventud. Un año antes del sacrificio, se escogia á un mancebo, notable por su belleza personal y que no tuviese tacha en su cuerpo. Ciertas personas tomaban á su cargo instruirle en todo lo necesario, para que representase su nuevo papel con dignidad y donaire. Se le cubria de espléndidos vestidos, y se le regalaban incienso y flores aromáticas, de las cuales gustaban los antiguos aztecas tanto como sus actuales descendientes. Cuando salia á la calle, lo hacia acompañado por algunos pajes de palacio, y cuando

<sup>1</sup> El origen de los sacrificios tiene algunas apariencias de fábula; pero verdadero ó falso, lo cierto es que su introduccion en un pueblo, supone en este una ferocidad sin igual. Clavijero, op. cit., t. 1.<sup>o</sup>, pág. 167 y seq. Véase tambien á Humboldt, quien parece no dudar de ese origen. (Vistas de las Cordilleras, pág. 95.)

se detenía en las calles para tañer alguna melodía de su gusto, la multitud se postraba á adorarle como representante de su deidad benefactora. Esta vida lujosa y regalada la tenía hasta cerca de un mes antes del sacrificio: entonces cuatro hermosas doncellas, que tenían el nombre de las principales diosas, hacían los honores de su lecho, y los primeros nobles le daban banquetes, donde se le tributaban todos los homenajes que convienen á una divinidad.

Llegaba por último el fatal día del sacrificio y el término de aquellas glorias efímeras. Era despojado de sus ricas vestiduras y separado de las bellas compañeras de sus placeres: atravesaba el lago de una de las embarcaciones reales, y llegaba á un templo erigido á sus orillas á una legua de distancia de la ciudad. La multitud se agolpaba para presenciar la consumación del sacrificio. Cuando la triste procesion, en medio de la cual era conducida la víctima, llegaba á las escaleras de la pirámide, aquella arrojaba lejos de sí las guirnaldas y collares de flores de que estaba cubierta, y rompía los instrumentos de música con que se había solazado durante las horas de su cautiverio. Al llegar á la cumbre del templo recibíanla seis sacerdotes, cuyas largas y enmarañadas cabellos caían desordenadamente sobre sus negras vestiduras, cubiertas de geroglíficos de mística significación. Conducíanlo á la piedra de los sacrificios, que era un enorme pedazo de mármol, algo convexo en

su cara superior: extendíanla sobre ella: cinco de aquellos sacerdotes sujetaban su cabeza y miembros, mientras el sexto, envuelto en un manto color de escarlata, emblemático de su sangriento oficio, abría diestramente el pecho de la miserable víctima, con una filosa navaja de *itztle* (sustancia volcánica tan dura como el diamante), sacaba del pecho de la víctima el corazón palpitante, lo ofrecía primeramente al sol, objeto de culto en Anáhuac, y lo arrojaba en seguida á los piés de la deidad patrona del templo, entretanto que la multitud, que desde abajo presenciaba este espectáculo, se postraba en humilde oración. Los sacerdotes querían explicar con la trágica historia de este cautivo, la de todos los hombres, cuya vida, brillante y feliz en sus principios, termina frecuentemente en la oscuridad y el infortunio.<sup>1</sup>

Tal era la manera habitual de celebrar los sacrificios; sacrificios que los europeos indignados presenciaron en su tránsito, y los que alguna vez sirvieron de víctimas. A veces se usaban exquisitos tormentos, con cuya descripción no creo necesario comprimir el

<sup>1</sup> Sahagun, op. cit., lib. 2, cap. 2, 5, 24 et alibi. Herrera, op. cit., dec. 3, lib. 2, cap. 16. Torquemada, op. cit., lib. 7, cap. 19, lib. 10, cap. 14. Relación de un gentil hombre, apud. Ramusio, t. III, fol. 307. Acosta, lib. 5, cap. 9, 21. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Relación por el Regimiento de Veracruz, 1519, M. S.

Pocos lectores aprobarán la sentencia de Torquemada, quien concluye esta espantosa historia agregando friamente: «que la alma de la víctima caía á los infiernos con la de los falsos dioses.» Lib. 10, cap. 23.

ánimo del lector, y que acababan siempre con la sangrienta ceremonia ya descrita. Debe sin embargo notarse que semejantes tormentos no eran como entre las tribus norteamericanas, sugerencias de mera crueldad, sino que su religion los prescribía rigurosamente; y es de presumir que algunas veces los aplicarían con el mismo desagrado con que un devoto familiar del Santo Oficio ejecutaba sus bárbaras sentencias.<sup>1</sup> Las mujeres eran también destinadas al sacrificio, y en la estación de secas, en la fiesta del insacible *Tlaloc*, dios de las lluvias, se sacrificaban niños por lo comun todavía tiernos. Cuando se les conducía en andas abiertas, vestidos de gala y adornados con los risueños dones de la primavera, se movía á compasión el corazón mas duro al escuchar sus gritos confundidos con los cánticos feroces de los sacerdotes, que miraban en lágrimas de aquellos inocentes un agüero favorable á sus súplicas. Estas desventuradas víctimas se compraban por lo comun á padres pobres, cuyos sentimientos naturales sucum-

1 Sahagun, op. cit., lib. 2, cap. 10, 29, Gomara, crón., cap. 219, apud. Barcia, t. II. Toribio, historia de los indios, M. S., part. 1<sup>a</sup>, cap. 6, 11.

El lector encontrará una descripción bastante regular de estas torturas, en el canto 21<sup>o</sup> del *infierno*. Las fantásticas creaciones del poeta florentino se realizaban casi al mismo tiempo que las escribía entre los bárbaros de un mundo desconocido. Uno de sus sacrificios de un carácter menos feroz, deberes mencionado aquí: los españoles le llamaban el sacrificio gladiatorio, y ofrece alguna semejanza con los juegos sangrientos de la antigüedad. Dábansele á un cautivo de distinción armas para el combate, que trababa sucesivamente con cier-

bían mas que á las sugerencias de la pobreza á las de su deplorable superstición.<sup>1</sup>

Fáltanos todavía la parte mas espantosa de la historia de los primeros sacrificados. Su cuerpo era entregado al guerrero que le habia cogido en la batalla, el cual despues de guisarle, le presentaba á sus amigos en un convite. No era este el tosco festín del hambriento Caníbal, sino un banquete en que se servían los manjares mas delicados y las mas deliciosas bebidas, preparadas con arte, y al cual concurrían también las mujeres, guardándose en él todo el decoro propio del estado civilizado. Seguramente jamas se ha visto tocarse y confundirse tan íntimamente los extremos de la barbarie mas brutal y del mas culto refinamiento!<sup>2</sup>

Los sacrificios humanos se han usado entre muchas naciones, sin exceptuar ni á las mas cultas de la antigüedad;<sup>3</sup> pero jamas con esa profusión que en

to número de mexicanos: si los vencía á todos, como aconteció algunas veces, se le dejaba en libertad; pero si era vencido, se le conducía á la piedra y se le sacrificaba de la manera corriente. El combate se verificaba en una enorme piedra circular, ante la corte reunida. Sahagun, op. cit., lib. 2, cap. 21. Relacion de un gentil hombre, en Ramusio, t. 3<sup>o</sup>, fol. 305.

1 Sahagun, op. cit., lib. 2, cap. 1, 4, 21, et alibi. Torquemada, op. cit., lib. 10, cap. 40. Clavijero, op. cit., t. 2<sup>o</sup>, págs. 76 y 82.

2 Carta del Lic. Zuazo, M. S. Torquemada, lib. 7, cap. 19. Herrera, op. cit., dec. 3, lib. 2, cap. 17. Sahagun, op. cit., lib. 2, cap. 21 et alibi. Toribio, historia de los indios, M. S., part. 1<sup>a</sup>, c. 2<sup>o</sup>.

3 Nada digamos del Egipto, donde á pesar de que los monumentos lo indican, hay poderosas razones de dudarle. (V. Herodoto, *Buterpe*, sec. 45.) Pero eran frecuentes entre los griegos, como lo